APROXIMACIONES A SENECA

POR

RICARDO MOLINA

Semblanza de Séneca

El estudio de Séneca ha constituido un tema ininterrumpido en la bibliografía no sólo histórico-filosófica, sino literaria, desde hace 1.900 años. Raro es el aspecto de su obra que no ha sido analizado, interpretado, discutido minuciosamente. Contribuyó a ese interés mantenido el atractivo polémico del filósofo cordobés, su personalidad, verdaderamente inquietante desde cualquier perspectiva que se la considere.

Hay en Séneca una enorme fuerza contradictoria. El político, el poeta, el filósofo, el dramaturgo, el magnate, el científico, pugnan muchas veces en el misterio de su personalidad humana. De ahí la diversidad de retratos que ha inspirado. Muchos le son adversos y otros tantos favorables, cuando no fervorosos. En ningún caso neutros o indiferentes. Porque Séneca es apasionante. Los denuestos casi equilibran las alabanzas. Son incesantes. Parten de Calígula y llegan hasta mi amigo Juan Aparicio. (Yo «sentí» durante casi treinta años como Aparicio: Sólo acertaba a ver las flaquezas humanas del filósofo cordobés. Hoy, he superado aquel «sentimiento» por un «conocimiento» más justo. Con sentimientos no se puede, en rigor, juzgar seriamente. Las mismas debilidades e inconsecuencias de Séneca nos lo hacen más amable y cercano. Y por otra parte ni son tantas, ni tan graves, que no admitan defensa. El propio Séneca fue su mejor abogado.) Ya sabemos que San Agustín lo tachó de hipócrita, B. Russell de usurero, y no pocos de «político». (Es divertida esta acusación que prolonga un famoso punto de vista de la perdida *Politeia* de Diógenes Kuon, a través de la versión tertulianesca y agustiniana del Estado, que identifica al político con una modalidad *sui generis* del vividor, el egoísta, el esquilmador de ovejas pacíficas.) Tales reproches pecan tanto de injusticia como de ignorancia y, en todo caso, no restan grandeza a la personalidad filosófica de Séneca, como no rebajan ni la usura ni la astuta hipocresía la grandeza política de un Luis IX de Francia o de un Fernando el Católico de España.

Séneca defendió el derecho del hombre a disponer de su propia vida. Hermosas páginas sobre el tema se encuentran en el tratadc *De Providentia.* ¿Qué de extraña su muerte? Podría decirse que el suicidio fue en la antigüedad la «muerte filosófica» por excelencia. La nómina de filósofos suicidas es impresionante. Jacobo Burckhardt ha tratado la cuestión en *Historia de la cultura griega* (t. 2, «Para el balance general de la vida griega»). No debemos exigir a Séneca una ejemplaridad cristiana. Nadie afeó a Sócrates su muerte, ¿por qué hemos de reprochársela a Séneca? El hecho es el mismo, aunque diferentes las motivaciones.

Los que juzgan incompatible el Séneca político con el filósofo, confunden la actitud cínica con la estoica. Séneca alegó en numerosos pasajes el derecho del filósofo a intervenir en la vida política, para lo que invoca en *De Otio* (2 y 4) la autoridad de Zenón de Kitium, y en el libro IV de *De Tranquilitate Animi* (1 y 6) expone su sana teoría de que «la acción de un hombre de bien no es nunca ociosa».

Para conocer y comprender correctamente a Séneca hay que considerarlo en el cuadro conjunto de las circunstancias sociales y culturales de la época en que le tocó vivir; hay que situarlo dentro del contexto espiritual del estoicismo y del pensamiento en general de su tiempo, pues no es posible comprender ni valorar aisladamente su pensamiento.

Séneca fue pensador de una «Escuela», y aunque su actitud respecto a ella haya sido muy especial, incluso heterodoxa en ocasiones, no puede entenderse su filosofía como no sea referida al *corpus* doctrinal del que forma parte. Los conceptos —clave del senequismo— son estoicos. Tensión, alma, representación comprensiva, razón, inclinación, destino y mundo se corresponden perfectamente con tonos, pneuma, fantasía, cataléctica, *hegemonikon, heimarmene* y cosmos, del estoicismo griego.

Séneca se mostró fervoroso adepto de la Stoa, pero no incondicional y pasivo, porque pensaba que debía ponderarse el respeto a la tradición. En la Carta a Lucilio número 86 búrlase de que todas las escuelas de sabiduría descubriesen que ya Homero profesaba sus ideas. Y en la 80 es aún más explícito: *Non ego sequor priores? Facio, sed permitto mihi et invenire aliquit et mutare et relinquere. Non servio illis, sed assentior.* El filósofo se reserva la libertad de tomar, modificar, rechazar. Su asentimiento no debe confundirse con la servidumbre.

El hecho de su vinculación esencial a la Stoa no significó, por tanto, una clausura a otras escuelas filosóficas. Bebe con abundancia en Platón y Aristóteles; está abierto a las corrientes populares religiosas

del siglo I y es sensible a la sugestión del *Dios Cósmico,* divulgado por el tratado seudoaristotélico *De Mundo* (que estudió magistralmente en nuestros días Festugière en su gran obra *La Revelation d'Hermes Trismegiste).*

Sintió Séneca la atracción de Epicuro, bienamado de los poetas, de su doctrina física y de la *philía,* y admitió con Posidonios la eficacia de la Mántica y el valor de la Astrología, atacada por Lucrecio.

Los influjos cínicos son patentes: Muéstralos su obra y el fin de su vida. Después de aquel aciago consejero de la muerte que se llamó Hegesías, nadie recomendó el suicidio con tanta elocuencia ni entusiasmo como Séneca. Y las diatribas cínicas de Bion de Boristhenes constituyen, según E. Brehier *(Chrysippe et l'Ancien Stoicisme),* el precedente de su estilo sentencioso.

Séneca, filósofo representativo del estoicismo

Proponer a Séneca como modelo de filósofo estoico pudiera significar novedad. No para el común de las gentes en las que persiste la tradicional imagen del filósofo de tal modo identificada a la del estoico que ambas valen por especies intercambiables. En el inquieto mundo de las minorías nuestra proposición tal vez pudiera juzgarse atrevida, porque abundan los que destacan con insistencia la posición autónoma, a veces irónica, del pensador cordobés respecto a la supuesta escuela estoica.

En realidad, el estoicismo no se definió como el epicureísmo por un *corpus* doctrinal, ni por una relativa fidelidad a ese *corpus.* Fue una filosofía en perpetuo devenir, lo que no obsta la existencia de un marco general ni el denominador común de su carácter sincretístico *(vid.* E. Brehier: *Chrysippe,* Ed. P. U. F. París).

No puede dudarse la aceptación del marco general del estoicismo por Séneca, cuya filosofía sólo en él es correctamente inscribible, pero se ha opuesto el eclecticismo frecuente de nuestro filósofo a la estoica integridad que, en consecuencia, se discute a su doctrina.

Tal punto de vista no puede ser más inconsecuente, pues ese eclecticismo senequista es precisamente un rasgo cien por cien estoico. El integracionismo patente de Séneca estaba respaldado por gloriosas tradiciones del *Pórtico* y el esfuerzo integrador del cordobés es una manifestación de pura cepa estoica.

Séneca centra y domina el período romano difundiendo su pensamiento en una prosa atenta a la frase esculpida, pero no concisa y oscura como la de Chrysippo, sino abierta, reiterativa y en cierto as-

pecto mnemotécnica. En efecto, esos pensamientos expuestos en bella frase cincelada son extraordinariamente aptos para ser aprendidos de memoria y hasta para filtrarse en el pueblo y circular junto a las máximas y refranes que forman la cultura oral, ágrafa o folklórica. Por esta peculiaridad, accidental en parte, del estilo de la prosa de Séneca algunos humanistas, como Grimal, no han visto en nuestro filósofo más que un divulgador, punto de vista a todas luces injusto y limitado.

El debate sobre el hispanismo de Séneca

No es tarea propia de historiador ni de filósofo determinar si es correcto interpretar a Séneca como un español del siglo I de nuestra era. Esta empresa parece más afín con la *Antropología cultural,* flamante ciencia florecida en Estados Unidos sobre base sociológica y etnográfica anglo-francesa. Pues, propiamente, no se trata de un mero problema histórico, sino antropológico, que afecta a todas las dimensiones sociales.

Creo que los historiadores se han dejado arrastrar ingenuamente por una serie de prestigiosas convenciones cuya finalidad no es otra que una noble pero acientífica idolatría patria. Resulta hermoso y confortante creer que España es un *continuum* de dos mil años por lo menos, y que Séneca fue casi tan español como Santa Teresa o nosotros mismos.

Ni España ni Europa son categorías geográficas. Estimar a Séneca español es algo romántico, antropológicamente indefendible. Europa, según historiadores contemporáneos de la talla de Arnold Toynbee y Christopher Dawson, nace de un Estado renano, la Lotaringia, eje político medieval, con su polo septentrional en el mar del Norte y meridional en el Mediterráneo.

Ortega y Gasset interpretó justamente al Imperio Romano como una prefiguración de Europa. Esta posición parece equilibrada. Entonces, lo justo sería interpretar al ciudadano romano en calidad de pre-europeo. Tal criterio, aplicado al caso de Séneca creo que puede ser esclarecedor y ayudar a situar las cosas en su sitio que en este caso es un justo medio histórico.

Para mí tan difícil de determinar como la hispanidad de Séneca es la cuestión del «estoicismo» español. Creo que se ha aceptado demasiado a la ligera que los españoles seamos estoicos. Lo primero que se da por un hecho consumado es que por el solo hecho de nacer español se es estoico, como si un carisma especial nos configurase a todos *ab ovo.* Luego encuentro que el concepto de estoicismo nos va tan mal

como a un santo dos pistolas, si recordamos que somos un pueblo movido por las pasiones. Fío muy poco de las fáciles caracterizaciones genéricas que se llaman «psicología de los pueblos», y de las que es típico exponente el libro superficial de Madariaga, *Ingleses, franceses y españoles*. Pero el apasionamiento que a veces adquiere tono extremo de furia española parece ser un rasgo universalmente constatado. Ahora bien, el hombre estoico es el polo opuesto del apasionado. ¿Cómo armonizar el apasionamiento español con la actitud estoica?

De la sobriedad hispánica habría mucho que discutir. Sobrio es el que se contenta con poco, pero no el que tiene que contentarse a la fuerza, a causa de la pobreza y miseria en que vive. ¿Qué es lo que fue el español, sobrio o pobre? Pues no es lo mismo. Respecto a las clases ricas que usaron con parquedad de su riqueza, ¿qué decir? Habría que averiguar si tal sobriedad no se confundía con la usura y la codicia.

El genio antitético de Séneca

El dualismo genial de Séneca, hombre con dos vertientes supremas, la filosófica y literaria, se manifiesta en el trasiego de una a otra esfera de su producción. Su teatro se nutre de la filosofía. Su obra filosófica es explanada en formas estilísticas propias de un gran creador literario. El influjo del poeta en el filósofo ofrece tentadoras perspectivas al análisis. El historiador del estoicismo, Paul Barth, ha señalado con tino ciertos caracteres estilísticos de la prosa filosófica de Séneca. En efecto, es evidente que desarrolló el todo con prolijidad y las partes con rigurosa economía. Séneca, desbordado en el conjunto, represa, en cambio, la frase. Su discurso, muchas veces excesivo, está compuesto de una suma de parvedades. La tensión de la prosa senequista nace del doble movimiento de dilatación y contracción que la anima.

Otro rasgo patente es el habilísimo juego de antítesis que estremece sus escritos. Toma un pensamiento trasegado y archicomido y lo transforma por obra y gracia de la antítesis en otro de apariencia totalmente nueva y en el que la enunciación cobra un relieve especial. Acaso tras la antítesis literaria se esconda un hábito de pensar pugnativamente. Acaso a Séneca le mueva por esas fórmulas su vocación pedagógica. La oposición de contrarios, el juego violento de luz y sombra y el vigoroso claroscuro tienen la virtud de destacar figuras, perfiles o ideas. La oposición es altamente pedagógica por su manifiesta virtud de grabarse profundamente en el espíritu, esto es, por su propiedad mnemotécnica.

Como Peguy, fue Séneca maestro en el arte de variar al infinito una simple oración. Con frecuencia da vueltas y más vueltas al mismo pensamiento poniendo al servicio de la idea su rico vocabulario y su admirable dominio de la retórica.

Mas, aunque el retoricismo provenga de la escuela paterna, no debe estimarse a nuestro filósofo como un simple epígono o continuador de su padre. El ilustre historiador de Roma Carcopino critica despiadadamente las «Controversias» de Séneca el Retórico, exponiendo en una muchedumbre de casos los defectos que le achaca. Es curioso comprobar que en multitud de referencias dispersas por sus obras, el hijo parece estar de acuerdo con Carcopino. Lo que constituye el más claro índice de su reacción contra el «tipo de retórica» representado por el Séneca de las «Controversias» y «Suasorias».

El debate en torno a la opulencia del filósofo

Cínicos y estoicos se preocuparon en la antigüedad por la cuestión de los bienes materiales. En el primer período del estoicismo hubo una casi unanimidad en desestimarlos. El sabio, encastillado en su irreductible interioridad, debe despreciar riquezas y honores. La indiferencia por los bienes externos asegura la tan deseable «vida beata» o feliz. Por cierto, que hubo quien completó el severo principio abstencionista diciendo humorísticamente que si la carencia de bienes externos produce la «vida beata», su posesión es causa de una «vida beatísima». Según este último dictado, la vida de Séneca es plenamente calificable de beatísima, porque fue superlativamente rico, lo que le valió el reproche de sus contemporáneos y también de la posteridad.

Muchos creen que el poeta y el filósofo auténticos deben vivir en la pobreza, despreocupados por las cosas del mundo exterior, haciendo de ellos ascetas de las musas y del pensamiento, y alegan ejemplos ilustres (un Cervantes, un Villón, etc.) en favor de su esquinada tesis. Olvidan que si Góngora o Francis Thompson fueron pobres, Goethe o André Gide vivieron en la opulencia, como nuestro Séneca.

El tema no ha dejado de tratarse y, a veces, presenta interesantes aspectos en que la ironía se mezcla a la recriminación. Es así como un filósofo contemporáneo, Bertrand Russell, escribe en su *Sabiduría de Occidente* que el subido interés de los préstamos de Séneca a Inglaterra, en aquel tiempo provincia romana con el nombre de Britania, provocó nada menos que una rebelión provincial de protesta. Séneca ha pasado a la historia, para muchos, con fama de interesado prestamista. Yo no conozco datos biográficos fidedignos que justifiquen

esa fama y Bertrand Russell no aduce prueba alguna a la acusación de la *Sabiduría de Occidente,* ni especifica tampoco fecha ni circunstancias de la insurrección británica; cosa que podía muy bien haber hecho con una nota o una simple referencia bibliográfica. No obstante, creemos en la seriedad del filósofo inglés y no dudamos que tendrá justificado fundamento.

Sería injusto atacar a Séneca porque era rico o negar sinceridad a su obra porque su ideal filosófico tenía en poco a las riquezas materiales. Séneca propuso —para él y para los demás— un «hombre ideal» de tipo estoico. Pecaríamos de absurdos exigiéndole el cumplimiento en su propia personalidad de ese ideal. Los ideales rara vez encarnan humanamente. Séneca fue un hombre que trabajó afanosamente, con flaquezas, caídas y éxitos espirituales, por acercarse a un tipo ideal de filósofo. Y desde el seno de la opulencia y del poder debió serle una empresa verdaderamente ardua. Por eso tiene nuestra simpatía.

La monarquía del sabio y la realeza política

Alguien, desconociendo las íntimas vinculaciones del estoicismo y de los estoicos a la política, juzgó la actividad política del filósofo cordobés un episodio incoherente; más aún, una transgresión, una contradicción con los ideales preconizados por su filosofía. Pero no significó nada de eso, porque el estoicismo fue desde Zenón, su fundador, una filosofía interesada en los problemas teóricos y prácticos de la política. El ideal monárquico de los estados helenísticos era tributario del pensamiento político de los estoicos. Y como vemos en Séneca, la ejemplaridad universal del «Sabio» incluye el arquetipo más acabado del «rey ideal». Todo sabio es un rey. Todo rey es una imitación, o deberá serlo, del sabio, porque sólo él consigue que la razón reine sobre las pasiones, realizando, gracias al ejercicio de la filosofía, una monarquía interior, un reino psicológico regido por el orden racional, que es reflejo del cósmico. El sabio es rey autárquico. En sus tragedias, Séneca celebra al sabio-rey, infundiéndole un contenido ético-psicológico.

Todo rey es semblanza del sabio. De hecho, las cortes helenísticas de Pérgamo a Alejandría vieron al estoico intervenir en los asuntos del Estado en calidad de consejero de los monarcas e inspirador de su política. Recordemos como ejemplo del «compromiso» político del estoicismo la actitud de Panecio respecto a Scipión.

Los estoicos, muy aficionados a las homologías, asimilaban el Estado al ser humano, y éste, al cosmos. El oficio del rey lo equiparaban al

de la razón, y los estratos sociales, con sus actividades, tendencias y apetencias, los comparaban al mundo de los impulsos y pasiones. De ahí que el rey ideal coincida con la imagen ideal del sabio.

Séneca, profundamente compenetrado con las doctrinas de Panecio y formado en un profundo conocimiento de la «politeia» estoica, sabía que recorrer la escala político-social del *cursus honorum* no contradecía su posición filosófica, sino que armonizaba con ella. Se le pueden reprochar graves errores. ¿A qué político no? Acaso sus mayores pecados fueron el optimismo un tanto gratuito y la excesiva confianza, pero también la debilidad y la transigencia hasta el último extremo. La retirada de la vida política del filósofo sabe a desengaño y frustración. La torre de marfil filosófica no le libró de los golpes imperiales. Sin embargo, significó una brillante y fecunda etapa creadora. Séneca buscó y encontró en la filosofía el consuelo que el hombre de Estado necesitaba. La filosofía le ayudó a vivir y a morir. En tanta flaqueza y en tanta grandeza hay cordial ejemplaridad para todos los hombres, que pueden ponerse a Séneca por modelo. Pues nunca perdió nuestro filósofo por completo la monarquía de sí mismo. Eso lo demuestra la dignidad de su muerte. Ni dejó por un momento de estimar a la filosofía como morada propia y radical, en la que se hizo fuerte, estoicamente fuerte, frente a los duros ataques del destino.

El viajero y el geógrafo

Séneca no fue propiamente un viajero, pero conoció directamente gran parte del Imperio romano y aun realizó un largo viaje oriental fuera de sus límites. Además escribió hermosas páginas sobre el viajar. Como siglos más tarde Quevedo, proclamó la inutilidad de los viajes para cambiar nuestra vida. Si nosotros mismos no cambiamos, es superfluo ir de un sitio a otro. No hay transformación humana que no tenga su origen en el interior del hombre.

El desdén senequista por los viajes nos recuerda también las amargas páginas despreciadoras de aquel estoico del romanticismo que se llamó Alfred de Vigny. En su *Journal d'un poète,* Vigny se pronuncia contra los viajes, subrayando su inutilidad y proclamando su vanidad. Nada más interesante que el mundo del espíritu.

Una vez más, Séneca, contradictoriamente, fue un viajero notable. Los países más lejanos que visitó fueron Egipto, donde pasó años de juventud, y la India. Sabemos poco de esta última peregrinación. La India estaba entonces de moda. Séneca escribió un relato perdido de su viaje por el misterioso país que siglos antes había tentado a Ale-

jandro. De la influencia espiritual que el contacto con la tierra y los hombres indios ejerciera en su pensamiento se ha escrito poco. El estoicismo revela, sin embargo, vagas analogías con diversas concepciones religiosas hindúes. Su teoría del «fuego constructor o creador» («Pyr technikos») y la reabsorción periódica del cosmos en el fuego originario en cada «Ekpirosis» o conflagración cósmica, recuerdan aspectos teológicos y cosmológicos del bramanismo, así como la sobriedad y *apatheía* estoicas nos traen al pensamiento la actitud de Buda.

No se limitó Séneca a viajar sólo. Durante su valimiento político en la corte de Nerón patrocinó y envió una famosa expedición a Africa con el importantísimo objetivo de buscar las fuentes del Nilo, el río sagrado egipcio a quien la tradición hacía descender absurdamente del cielo.

No es extraña esta faceta del genio senequista. Fue nuestro filósofo un espíritu ávido de conocimiento y raro el dominio científico o intelectual en el que su múltiple actividad no dejase huella.

No han llegado a nosotros sus obras completas como creyeron hasta hace poco muchos especialistas del estoicismo, tal Paul Barth en su conocido tratado *Los estoicos*. Gran número de escritos filosóficos y científicos del pensador cordobés se perdieron. Entre ellos, los que relataban sus experiencias de viajero que probablemente fueron de inspiración a la vez geográfica, etnográfica y naturalística.

El gran poeta lírico difuso

El genio de Séneca se caracterizó por ser como un diamante tallado en numerosas facetas. Al que sin prisa ni prejuicios se engolfe en la lectura de sus obras, gratas sorpresas le están reservadas. Confesamos que no fuimos nosotros ese lector ejemplar, porque antes de ponernos a leer y a estudiar a Séneca íbamos ya mal predispuestos por juicios adversos. Pero el conocimiento directo de nuestro filósofo nos hizo rectificar pronto aquel prejuicio que, de prestado, llevábamos. El valor y el atractivo de Séneca son incalculables. Por todas partes irradian. Bien lo supieron Descartes y Shakespeare; bien lo supo Montaigne.

Hay en Séneca un gran poeta lírico, como hay un naturalista dotado de más rigor científico que ninguno de sus contemporáneos latinos.

El poeta lírico queda difuso siempre en su vasta e incomparable obra. De carácter propiamente lírico se le atribuyen unos cuantos poemas. Parece que en su juventud escribió bastantes epigramas. Los manuscritos le asignan tres, pero los filólogos creen que conservamos unos setenta.

Mas no es preciso —como en Chateaubriand, en Jean Paul o Miró— el lenguaje en verso. Hay lirismo excelso en sus tragedias y lo hay también en tanta admirable página de prosa. Incluso en los tratados que prometen ser más áridos, de pronto surge, como por encanto, poesía. Ahí están la descripción de la agonía del barbo (que admiraba a Ramón Pérez de Ayala) en el libro segundo de *Naturales Quaestiones,* o el prodigioso relato de la genealogía del espejo que hubiera cautivado a Borges. Ahí están las conmovedoras confidencias que salpican las *Epistolae ad Lucilium.* También en la *Apokiloksintosis* pueden espigarse fragmentos. Ciertos temas le son predilectos. Tales la brevedad de los bienes terrestres, la inocencia de la Edad de Oro mítica, la fatalidad de la muerte, la autonomía espiritual del sabio. Pero Séneca es poeta describiendo el arco iris o una tormenta, el vuelo de un águila o el encanto del retiro. Muchos de estos fragmentos tuvieron ilustre descendencia literaria en la Edad Media y Renacimiento. Sin ir más lejos, de Séneca procede el *Mimus Vitae* o comparación de la vida humana con una pieza de teatro. Aunque la idea proceda originariamente de Platón, que la apuntó en las *Leyes,* fue Séneca quien la desarrolló, influido, según Curtius, por las «diatribas» de los cínicos. Recordemos el ancho estuario de *El gran teatro del mundo* calderoniano, donde el insigne tema senequista desemboca. No se puede leer a fondo la obra de Séneca sin descubrir a cada paso al lírico. Qué mal juzgó Menéndez Pelayo a nuestro escritor... Ahora recuerdo aquella delicada lección de hidrografía terrestre del libro segundo de *Naturales Quaestiones* que, estoy seguro, sirvió de incitación a Gabriel d'Anunzzio en sus *Laudi* para escribir aquel canto a las fuentes, que empieza:

Vario sabor tienen las aguas,
según las tierras que cruzan...

Visiones apocalípticas

El mito del eterno retorno tiene hondas raíces en el hombre, como ha demostrado brillantemente Mircea Elíade. Una de sus formas cultas fue la teoría de los ciclos cósmicos o «grandes años» de la filosofía estoica. El mundo, según la Stoa, fue antes de ser ahora y será después de haber sido. Cada período cósmico constituye un «Gran año». Su duración era calculada en 9.000 años solares aproximadamente. (La idea parece de origen iranio, según Frye. Vid. *La herencia de Persia.* Editorial Guadarrama. Madrid, 1965.)

El fin del mundo actual tendrá lugar no en forma catastrófica,

sino lenta y gradual, hasta convertirse en fuego y adquirir entonces su máxima expansión. Es la *ekpirosis* del estoicismo.

La doctrina apocalíptica de la Stoa pasó a Séneca, que la desarrolló a su modo en *Naturales Quaestiones* y la utilizó con fines éticos en algunas de sus *Consolationes.*

El desarrollo de tal doctrina adquirió en Séneca carácter literario, no por debilidad del pensamiento ni por pobreza doctrinal, sino por la calidad y prolijidad de los pasajes consagrados a describir en tono épico la conflagración universal. Ignoramos si, acaso por influjo oriental, probablemente bíblico o babilónico, aparece el diluvio en las páginas apocalípticas de las *Naturales Quaestiones.* Este mundo perecerá, según Séneca, por el agua y por el fuego. La presencia del agua puede tener, en efecto, origen en las cosmologías asiáticas. Las influencias bíblicas gravitaban por aquella época en Roma.

Un poeta tan romano como Ovidio las manifiesta en los primeros versos de las *Metamorfosis,* en opinión de actuales estudiosos de su obra.

Lo cierto es que la primera etapa de la *ekpirosis* será paradójicamente, según Séneca, un diluvio universal en el que «la misma tierra se desleirá y correrá en estado líquido». *(Nat. Quaest.,* L. 3, cap. XVIII, XIX y XX.)

El catastrófico cuadro que describe revela más al gran poeta que al filósofo, puesto que choca incluso con la doctrina oficial estoica de la *ekpirosis* paulatina.

La pintura senequista del diluvio universal es monumental y hace pensar en el «Juicio final» de Miguel Angel y otras apocalípticas visiones de la pintura.

Páginas de antología acreditan a Séneca poeta en prosa de tan potente fantasía como la del autor de *La leyenda de los siglos* o *El lebrel del cielo.* La descripción del diluvio, escrita en la vejez, revela una potencia creadora genial y una sorprendente vitalidad literaria. Diríase que, como a Hugo y a Whitman, los años vividos no hicieron sino aumentar la fuerza del genio creador de nuestro filósofo.

Séneca, trágico

Parece ser que hay un potente desequilibrio entre la fama y el valor real del teatro de Séneca. Su fortuna fue excepcional. Las diez tragedias del cordobés son las únicas que nos quedan de toda la producción latina, que se ilustró con nombres tan distinguidos como los de Enio, Pacuvio, Accio, Vario y Ovidio. Además, el teatro griego no

fue conocido hasta época contemporánea, y entonces se iniciaron los ataques a Séneca, como el de Pierre Brumoy, que para enaltecer el teatro griego negaba todo mérito al latino. Pero aun entonces encuentra Séneca defensor en Lessing, que escribe ex profeso un ensayo sobre las tragedias latinas llegadas a nosotros bajo su nombre («Von den lateinischen Trauerspielen, welche unter dem Namen des Séneca bekannt sind», publicado en *Theatralische Bibliothek*). El teatro moderno europeo surge entre los siglos xv y xvi bajo el influjo soberano del senequista. Calderón, Shakespeare, Corneille, Alfieri, son descendencia del dramaturgo hispano-romano. La influencia dramática de Séneca acaso sea la más extensa y profunda que registra la historia literaria. Sus héroes introvertidos, sus pasajes líricos, verdaderos recitativos que marcan muchas veces el climax dramático, engendraron personajes tanto shakesperianos como claudelianos. La estructura de los dramas de Séneca se define por el abusivo desarrollo del «canticum» a expensas del «diverbium»; por eso, el soliloquio predomina sobre el diálogo. Incluso los pensamientos entran en el juego (los pensamientos de un personaje que, de hecho, no habla). Los defectos de Séneca son los del teatro romano: gusto por la crueldad, la truculencia, la ampulosidad. Las tres cosas alcanzan su máximum en sus tragedias.

A mí, poco aficionado al teatro, no me cautivan. Lo que me subyuga son precisamente sus defectos, que encuentro hechiceros. En ciertos pasajes desmesurados, hinchados por marea de imágenes, surcados por una gran tempestad sádica, se anuncia a Shakespeare, al Victor Hugo de la *Leyenda de los siglos*, al Claudel de *L'Echange*, a Browning...

La contradicción, drama íntimo de Séneca, según G. Papini

La obra póstuma de Giovanni Papini, titulada *Juicio final*, discute a nuestro filósofo. En este libro, un tanto abrumador, comparecen a juicio bandadas de personajes, que «come i gru van cantando lor lai». Entre más de 550 protagonistas, sólo figuran 12 españoles, Séneca entre ellos, en el «Coro de los filósofos». Los otros españoles que merecieron el honor de aparecer en el «Juicio» de Papini son: Alfonso el Sabio, Felipe II, el infante don Carlos (su hijo) y Carlos V, pertenecientes al grupo de los «reinantes»; en los «políticos», Rodrigo Maldonado y el inquisidor Torquemada; Miguel Servet, entre los «crueles»; Sánchez de Carrión, entre los «sacerdotes»; Rubio, entre los «rebeldes», y Lope de Aguirre, entre los «asesinos y ladrones», cuando su verdadero puesto hubiera sido entre los «locos».

Séneca, interrogado por un ángel, tiene que responder a la difícil cuestión de hasta qué punto conformó su vida con su doctrina. Un antiguo esclavo y confidente del filósofo, Cleón, contesta por él. La respuesta es una larga acusación en la que se nos presenta a Séneca a una luz absolutamente desfavorable, como uno de los hombres «más ambiciosos, ávidos y falsos de su tiempo», «famélico de poder, de riqueza y de fama»; en resumen, como un consumado «comediante de la virtud».

La contradicción entre sus doctrinas morales y su vida es puesta de relieve briosamente, apelando a episodios vergonzosos de su vida pública y privada. Séneca aparece como un redomado hipócrita. Su intervención en la vida pública del Imperio adquiere matices sombríos. Todo conspira a presentarlo como una figura nefasta. Se le acusa de complicidad en el envenenamiento del emperador Claudio y en el asesinato de Británico; de cómplice, también, por su póstuma apología; de la muerte de Agripina, su protectora.

En la esfera de la vida privada se le reprocha su adulterio con Livia, Livila, hermana de Calígula, y de traidor a Nerón, por figurar entre los miembros de la conjura de Pisón. Lujuria, traición y senil ambición de poder son, textualmente, la cifra de su vida privada.

¿Y qué decir de su obra filosófica? Ella no fue, según Cleón, otra cosa que un «manto de su avidez de placer, de riqueza y de dominio». Hasta la originalidad se le niega. Sus doctrinas no son más que un «galimatías ecléctico reunido picoteando en las obras de la sofística helénica».

¿Y su teatro? Ah, mejor sería no tocar el tema. Aunque más original que su filosofía, no es otra cosa que expresión de su crueldad personal. Sus tragedias, «tejidas de espantosos delitos y manando sangre, muestran que en el preceptor de Nerón había una fantasía digna del discípulo, peor que neroniana».

Esta estampa de Séneca no podía haber sido más completa. Reúne en mosaico de escándalo cuantos ataques se infligieron al maestro cordobés en el transcurso de veinte siglos. Y en la acumulación de reproches, vislúmbrase una cierta fruición y complacencia.

Pero hay que ser justo con Papini, tan amigo de «boutades» y piruetas, porque la defensa que de sí mismo hace el filósofo es, aunque menos elocuente que el ataque de Cleón, altamente conmovedora. Séneca acepta en bloque, humildemente, la avalancha de culpas que le achacan. Y ya en tal humildad reconocemos al Séneca «saepe noster» de los padres de la Iglesia. Sin rebajarse a discutir ni a excusar las miserias que se le imputan, formula su suerte que fue «la misma que la de todos los hombres de pensamiento y de pluma». Confiesa que en él hubo dos hombres

muy distintos uno del otro, pero ambos sinceros y compatibles: el pensador y el hombre ordinario, corriente, el hombre de la calle. El pensador, dice, es un hombre superior al corriente; un ser casi sobre-normal, sobre-humano, un super-hombre. Que en un mismo ser coincidan alternativamente ambos no entraña hipocresía ni doblez. Ese dualismo es el que explica la contradicción entre vida y doctrina en el filósofo. Contradicción no es doblez, sino tragedia, de la que él tuvo conciencia y sufrió por eso más que nadie. Las tentaciones mundanas pueden a veces más que las verdades morales, aunque se crea en ellas sinceramente. Su gran pecado se llamó «debilidad» por no haberse decidido a vivir en sabio retiro del mundo y sus tentaciones, rodeado de libros y en honrada pobreza. Su esperanza suprema y suprema justificación será que el bien promovido por sus escritos compense un día males causados por sus flaquezas.

La muerte del filósofo

La imagen más popular de Séneca es la que lo muestra, al final de su agitada existencia, recostado en un baño, moribundo, o muerto ya, con la cabeza lacia, caída hacia atrás, entre afligido coro de familiares y discípulos.

La estampa del filósofo antiguo halla acaso representación en esta muerte del maestro, no tan voluntaria como pudiera parecer, puesto que ya estaba, virtualmente, condenado a ella por Nerón. Séneca ofició de reo y verdugo a la vez. Que estaba bien dispuesto a seguir viviendo lo demuestra el apasionado trabajo entre los años 62 y 64, en que escribió sus dos obras más extensas e importantes: la *Naturales Quaestiones* y las *Epistolae ad Lucilium*. Cuando no se ama la vida, tampoco se ama el estudio. El desinterés es en tal ocasión total.

Diríase que nuestro filósofo estaba abocado a ese trágico fin. En sus escritos no cesó de hacer la apología del suicidio, prueba de la clemencia de los dioses que nos dejaron esa puerta por la que escapar a la tiranía del destino y derecho inalienable de todo ser humano, cuya libertad a disponer de sí mismo ningún estoico discutió.

Pero hemos señalado el valor representativo de la muerte de Séneca. Al hacerlo, hemos pensado en la muchedumbre de filósofos griegos que antes de él pusieron fin voluntario a su vida. Y hemos pensado también en aquel infausto pensador llamado Hegesías el Cínico, llamado en la antigüedad el «Consejero de la muerte», porque en su obra, perdida, recomendaba celosamente el suicidio. El fue, en cierto modo, precursor de Séneca. Respecto a los filósofos suicidas, la lista sería

numerosa. La mayor parte de ellos se suicidó en edad avanzada y víctima de enfermedad incurable. El método más frecuentemente utilizado fue dejarse morir de inanición. Así murió Zenón de Citium, por ejemplo, fundador de la Stoa.

Otros tuvieron una muerte poco seria, como el alegre Epicuro, que, según la tradición, prefirió morir ingiriendo una dosis mortal de vino natural.

No faltan los ahorcados tampoco... El fenómeno no pasó desapercibido al gran historiador de la cultura griega Jacobo Burkhardt, que en uno de los «Apéndices» de su magna obra trata la cuestión con abundancia de ejemplos que no agotan, sin embargo, la estadística dramática de filósofos grecorromanos que se dieron a sí mismos muerte voluntaria.

En el caso de Séneca —y de los estoicos en general—, el suicidio no se justifica filosóficamente dentro del contexto de su sistema. Entraña una estridente contradicción, toda vez que identificaban el Destino o «Eimarméne» con la Providencia o «Pronoia», y ésta es expresión de la benevolencia y la racionalidad de los dioses. Escapar al orden cósmico es, desde el punto de vista estoico, un acto irracional, y como tal, ilícito.

Ricardo Molina
Avda. de Granada, 19
Córdoba